



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 38. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 22 DE SETIEMBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



Magníficas han sido, según parece, las fiestas con que Barcelona y Zaragoza han celebrado la inauguración de los ferro-carriles entre una y otra ciudad, y entre las Casetas y Pamplona. Esta importante vía de Pamplona aproximará grandemente

remos que habiendo el rey asistido á la inauguración de los ferro-carriles, han sido espléndidas, habiendo rivalizado las autoridades y las empresas en celo para dar á la solemnidad toda la pompa conveniente. En el número que viene insertaremos los grabados que se nos han remitido representando estas ceremonias, y podremos dar mas pormenores.

La gran noticia de esta semana es la resolución adoptada por el Gobierno de pedir satisfacción á Méjico por las injurias recibidas. El capitán general de Cuba, á cuya disposición se han puesto los buques y los soldados necesarios, tiene orden de exigir esa satisfacción, y de no obtenerla cumplida, tomarla por la fuerza de las armas.

Las injurias recibidas son: la impunidad de los asesinatos de españoles; las vejaciones á que estos se ven sujetos; la espulsión del señor Pacheco, el no cumplimiento del tratado Mon-Almonte, que arreglaba nuestras diferencias, y la presentación al Congreso de Méjico de un proyecto de ley para espulsar á los españoles del territorio mejicano. Todas estas ofensas pueden tener circunstancias atenuantes, pero no las hallamos para la última, si es cierta. Cuando una nación civilizada tiene diferencias con otra, y aun cuando entre las dos estalla la guerra, los súbditos de la una que viven en la otra son especialmente protegidos en sus personas, bienes y libertad, y así lo declaran, mandan y disponen los dos gobiernos. Si los que se llaman patriotas mejicanos entienden la civilización de otra manera, forzoso será decirles que no están muy enterados de estas materias. Aun esperamos que la república mejicana vuelva en sí, y que nuestras diferencias se arreglen satisfactoriamente sin llegar al doloroso extremo de la guerra.

Por lo demás, el gobierno por medio de sus órganos ha declarado que en este sensible caso las tropas españolas no irán á Méjico sino para reparar sus agravios, absteniéndose de mezclarse en las cuestiones interiores y sin ninguna mira de anexión ni conquista.

Las noticias de Nápoles son mas pacíficas esta semana que lo fueron en la anterior: las partidas borbónicas han sufrido descalabros que han obligado á muchas de ellas á refugiarse en territorio pontificio y á otras á dispersarse. El rey Víctor Manuel ha pasado á Florencia para inaugurar la exposición artístico-industrial italiana que allí se celebra en estos momentos. El rey ha sido recibido con un entusiasmo inmenso y ha oído y pronunciado discursos sobre la unidad italiana tales como puede colegir el lector por los antecedentes.

En cuanto á la exposición, es digna de esa Italia, emporio de las artes. Solo la ciudad de Milan ha presentado sesenta magníficas estatuas: también han llamado considerablemente la atención los bellos mosaicos en piedra de la fábrica florentina; infinidad de preciosidades de escultura y cinceladura; un telar eléctrico de invención ingeniosísima; un motor nuevo en que se sustituye el vapor con una combinación de hidrógeno y de aire atmosférico; la máquina que se está usando para perforar el Monte Cenís; un pantelógrafo del abate Caselli, y un modelo de cable submarino, con el cual parece que se evitan los inconvenientes que hasta ahora ha presentado el tendido del cable trasatlántico. Las funciones con que se han celebrado esta exposición y la presencia del representante de la unidad italiana, han sido también magníficas. El 14 toda la población á la llegada del rey, salió á las calles á entonar himnos patrióticos; por la noche estaba iluminada á giorno y en cada casa se veía un vistoso adorno de banderas, colgaduras y guirnaldas. El número de extranjeros que ha concurrido á ver la exposición ha sido muy grande, distinguiéndose por su número los austriacos: fenómeno que no ha dejado de llamar la atención.

Mientras en Florencia se glorifican de este modo las artes, otros artistas españoles son recibidos y felicitados por el emperador y la emperatriz de los franceses. Hablamos del Tato, el Cuco y otros famosos diestros que han estado en Bayona dando corridas de toros, y que habiéndose distinguido por su arrojo y habilidad en el arte de los Pepe-Hillos, de los Romeros y de los Montes, fueron llamados por los emperadores á Biarritz. En esta entrevista se cuenta que el Tato y el Cuco mantuvieron tan buen continente en el salón como intrepidez en la lidia, y que la emperatriz, que les sirvió de intérprete, no menos que el emperador que conversó con ellos, quedaron muy complacidos.

La autoridad al fin ha dispuesto que la feria que principió ayer se celebre en el Paseo de Atocha, desde el sitio que ocupaba la puerta de este nombre hasta el santuario de la misma denominación. Cúmplase la voluntad de la autoridad. Sin duda las indicaciones de la prensa no han estado en su lugar cuando no se ha hecho caso de ellas. En el paseo desde lo que fué puerta de Atocha al santuario del mismo nombre, se podrá poner dentro de poco una inscripción que diga: *Aquí yacen las ferias de Madrid.*

La compañía del teatro de Novedades, á cuyo frente se ha puesto la Rodríguez, comenzará sus funciones á

dos capitales de París y Madrid; y como el trayecto de Adraque á Zaragoza será el primero que se concluya, la empresa del Mediterráneo entrará antes que la del Norte á gozar de las ventajas del comercio y de la comunicación con el país vecino. Después no quedará que hacer sino la línea de los Aldudes que ha promovido grandes cuestiones, suponiéndose por muchos que no se perfere el Pirineo, no obstante que por otras vías no haya peligro en perforarlo. Esta cuestión de perforaciones es muy peliaguda, y dejamos su resolución á los hombres de la ciencia, pero consistiese en los obstáculos que las costas ó fronteras pudiesen poner á una fuerza invasora, medrados estaríamos. Es evidente que los países montañosos facilitan la defensa, pero no deja un país de tener montes porque le atraviese un ferro-carril, y la facilidad de cortar una vía de esta clase é inutilizarla donde concurran los intereses de la guerra, aleja todo peligro; cuanto mas que si los ferro-carriles pueden abrir las puertas á un enemigo, también facilitando el rápido y seguro transporte de numerosas tropas desde el centro al punto amenazado, contribuyen eficazmente á cerrarlas. Volviendo á las fiestas de Zaragoza y Barcelona, di-

finde de este mes con un drama nuevo y original, creemos que de grande espectáculo, que llevará por título *La batalla de Lepanto*. El autor, según nos dicen, quiere guardar el incógnito, y le ha guardado hasta con la misma empresa, proponiéndose no revelar su nombre sino después que el público haya juzgado favorablemente su obra. Es acertada disposición y laudable modestia: nosotros no creemos cometer ninguna indiscreción diciendo que *La batalla de Lepanto* no es obra de ningún manco. Bajo la dirección de la Rodríguez forman la compañía de Novedades las actrices Burgos, Fontanellas, Segarra, Guanter, Romeral, Lopez, Chiquero y otras, y los actores Alba, Bermonet, Córcoles, Cortés, Segarra, etc., etc.

En cuanto á Romea, que como saben nuestros lectores ha tomado el teatro de Variedades, empezará sus funciones, según tenemos entendido, hácia el 28 del corriente.

La compañía italiana del Príncipe se ha despedido el otro día del público dejando muy gratos recuerdos, en especial la Santoni, que en todos los dramas en que ha tomado parte ha arrancado justísimos aplausos. Delgado se *incauta* inmediatamente de este teatro é inaugurará la temporada con la *Jura en Santa Gadea*, drama del señor Hartzbusch, habiéndose desistido de la idea de comenzar con la tragedia *Gabriela de Vergy*.

En Jovellanos se está ensayando la zarzuela *Un auto de prisión*: veremos sobre este auto qué dice el juez competente que es el público. Por de pronto el consejo de la Zarzuela le ha juzgado aceptable. También se anuncia como próxima á ponerse en escena otra zarzuela en un acto con el título *Las damas en la Camelia*, letra del señor Moran y música del señor Galliana.

En cuanto al Circo, ya se ha publicado la lista oficial de la compañía. Figuran en ella como primeras tiple la Ramos, la Mora, la Condado y la Ortoneda; como tenores Font y Grau; como barítonos Muñoz y Lluch, y como bajos Becerra y Vidarte. Se ignora qué día comenzarán las funciones, pero se sabe positivamente que se han subido los precios de varias localidades.

También ha habido una subida respetable en las del teatro de Oriente.

Cúmplase también la voluntad de los empresarios.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LOS MUSEOS ARQUEOLÓGICOS DE PARÍS

Y LAS

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS QUE EN ELLOS SE CONSERVAN.

IMPRESIONES DE UN VIAJE ARQUEOLÓGICO.

I.

En los tiempos modernos, la arqueología ha llegado á ser la compañera inseparable de la historia, y su utilidad incontestablemente reconocida.

Los pueblos de la antigüedad, en cambio, no la conocieron como ciencia.

Ni el Egipto, ni la Grecia, por mas que esta recurriera á los bordes del Nilo para estudiar sus leyes y sus instituciones; los romanos mismos que acumularon en su país como trofeos los objetos mas preciosos de sus conquistas, no estudiaron como objeto de arte ó de reflexión social, las estatuas, los obeliscos, los mausoleos de sus primitivas generaciones.

La Iberia y la Galia, reducidas á sus primeras poblaciones, no conocieron el gusto por lo bello, hasta que otros pueblos mas civilizados establecieron en ellas sus moradas, y aun estos pueblos, por mas que se esmerasen poco á poco en las construcciones civiles y religiosas, no poseían ninguna de las miras que la arqueología se propone.

Indudablemente Pausanias fue acaso el primero que describió con regularidad y entusiasmo antiguos monumentos, pero no debía ser en su tiempo cuando se diesen los primeros pasos en una ciencia tan útil como dificultosa, sino en la época en que renaciendo las letras en Europa, estudiaron las antiguas inscripciones y los manuscritos, Dante y Petrarca, coleccionó medallas y medallas el gran Alfonso V de Aragón, contemplaron la escultura de épocas anteriores Rafael y Miguel Angel, y se apoderó, en fin, de los eruditos el gusto por las tradiciones y cosas antiguas. Llegóse nada menos que á establecerse en Florencia una enseñanza pública de arqueología, siendo Lorenzo de Médicis el iniciador de tan laudable pensamiento.

Las ruinas de los monumentos de anteriores civilizaciones, el descubrimiento de artefactos que sirvieron á la vida de pueblos antiguos, el hallazgo de estatuas y pinturas antiguas, despertó entre los literatos y los artistas el gusto por su estudio y raciocinio acerca de algunas teorías. La gloria de fundar, casi puede decirse así, la ciencia arqueológica, si bien no con los adelan-

tos que ha recibido en los tiempos modernos, débese á Winckelmann, que escribiendo bajo la inspiración de las grandes obras, obtuvo la alianza de las Bellas Artes con la historia y la arqueología, dando lugar á nuevos sistemas, erróneos á veces, pero que debían abrir el camino á la ciencia moderna.

La civilización marchaba al compás de nuevos descubrimientos, los viajes ya no eran imposibles como durante la edad media, la Europa pasaba de vez en cuando alguna temporada sin guerras ni convulsiones políticas, y los sabios y los artistas, comunicándose sus ideas, saliendo del reducido horizonte de su estudio, recorrían los territorios, teatro en otros tiempos de grandes sucesos. La Italia y la Grecia vieron sus ruinas visitadas por numerosos artistas y arqueólogos, la España, la Francia y la Alemania, contemplaban alzadas de nuevo las inscripciones antiguas, y conservados los capiteles, los baños, los sepulcros, y en fin, todo lo que recordaba la actividad, las costumbres y las creencias de los antepasados. Felipe II recomendaba la conservación de los monumentos antiguos y disponía la colección de noticias arqueológicas de todos los pueblos de España; mas adelante Luis XIV fundaba la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, y en todas partes los cronistas y los anticuarios, consignaban en sus libros las tradiciones, las formas de las cosas notables, la importancia de los grandes restos de antiguas fábricas. Entonces Grævins y Gronovio, Gruter y Muratori, Montfaucon, Baxter, Kircher y otros muchos, emprendieron la vasta tarea de explicar las antigüedades griegas, romanas, egipcias y de otras procedencias.

En el siglo XVIII los estudios arqueológicos adelantaron rápidamente. La ciencia de la antigüedad quedó en cierto modo establecida. No solo se buscaron nuevos monumentos, sino que se fundaron museos y academias, se multiplicaron las colecciones particulares, y los diversos ramos de la ciencia tuvieron cultivadores que borrarán las conjeturas erróneas, aclararon los pasajes dudosos, exigieron las esplicaciones fidedignas y colocaron en verdadero punto de esplendor los estudios arqueológicos.

Pero ¡cuánto queda por desear!

Ciertamente, como dice un arqueólogo de nuestros tiempos, el conde de Caylus colocó en orden cronológico los monumentos de las diversas edades y penetró los secretos de las artes que los habían producido; Morelli propuso un sistema regular para la clasificación de las inscripciones, según su objeto, su estudio y su estilo; Eckhel coordinó metódicamente la ciencia de las medallas; Rasche la redactó, según el orden alfabético; Passeri y Dempster abrieron á Lanzi la carrera de los idiomas y de los monumentos de la Italia anteriores á la fundación de Roma; Herculano y Pompeya estaban descubiertas; Barthelemy restauraba los monumentos griegos de Péricles; Zoega hacia descubrimientos en el Egipto antiguo, y Visconti, en medio de todos estos trabajos, aparecía como hábil para completarlos todos.

Mas ¡cuánto faltaba hacer aun, repetimos nosotros!

Y sin embargo, á pesar de que con los adelantos del siglo actual ha sufrido la arqueología una verdadera revolución en su manera de ser y de estudiar los monumentos; á pesar de que los descubrimientos del Egipto y de la Grecia han fijado los estudios clásicos: por mas que se haya descubierto el alfabeto de los geroglíficos, por mas que los nombres de Millin, Rossi, Testa, Vermiglioli, Micali, Zannoni, Cattaneo, Balbe, Napione, Sulzer, Thiersch, Böttiger, Amador de los Rios, Fernandez-Guerra, Delgado, Raoul-Rochette, Lenormant, Lenoir y otros anticuarios y arqueólogos de Italia, de Francia, de Prusia, de Alemania, de España, de Inglaterra y de Francia, hayan publicado numerosos trabajos; á pesar de todo, la ciencia está llamada á sufrir nuevas revoluciones y á admitir nuevos adelantos, para rectificar muchas ideas y llenar inmensos vacíos, antes de quedar definitivamente constituida.

II.

Indudablemente, toda nación culta, todo pueblo que pretenda ocupar distinguido lugar en la consideración de las naciones civilizadas, debe prestar á la arqueología los elementos necesarios para su esplendor, cultivo y desarrollo. El adelanto de las ciencias y de las artes está íntimamente ligado con el estudio de la historia, y ya hemos dicho que la arqueología era compañera inseparable, hermana si se quiere de la historia, prestando á las sociedades inmensos beneficios.

El estudio de los monumentos, menos espuesto á dudas y contradicciones que el de la historia, porque no cabe en ellos la conjetura, la pasión ó la lisonja con tanta facilidad como en aquella, establece el cuadro completo del estado social de nuestros antepasados. La arqueología, aun por medio de las obras mas comunes y groseras de los hombres, nos ofrece hechos que nos guían al través de las antiguas edades; nos ofrece el testimonio de los grandes acontecimientos, retrata los hombres célebres, demuestra de un modo palpable sus nombres, sus opiniones, su mérito ó sus defectos, expresa todavía mejor que la historia el origen de los pueblos, su religion y sus costumbres, su política, su administración, su cultura, sus progresos en artes y ciencias, la estadística moral, en fin, de las antiguas sociedades.

Bajo este punto de vista la arqueología, no es solo una ciencia que auxilia á los sabios en sus estudios, acontecimientos notables, de batallas, de reinados, de de lo pasado, sino que es para el pueblo un ejemplo vivo de sus antiguas glorias, de sus adelantos y progresos. Ciertamente se requiere para tan útil enseñanza un vias casi borradas de las civilizaciones antiguas, porque Pero este servicio la prestan no solo las producciones de los buenos arqueólogos, sino también los museos establecidos en las capitales cultas, en donde se custodian los restos de la antigüedad, se conservan las producciones de nuestros bisabuelos, se veneran sus recuerdos, se honran los objetos con que conquistaron acaso la nombradía que les reconoce la posteridad, ó la gloria otros no se siente poseído de un entusiasmo indefinido al recordar las hazañas de nuestros héroes, los sacrificios de los ciudadanos generosos y los esfuerzos de los hombres dedicados al cultivo de las ciencias? Pues recorramos los museos, y en ellos hallaremos sus retratos y sus obras, sus libros y artefactos, sus trajes, sus armas, sus mismos huesos (1), como si amantes de la posteridad por cuyo bienestar trabajaran, hubiesen querido legarnos no solo las producciones de su espíritu y los modelos de su genio, sino su ser mismo para existir en medio de los hombres venideros.

Bien es verdad que no todos los gobiernos consideraran la arqueología como un elemento de gloria para el país y de enseñanza y cultura para el pueblo, como la declaramos y reconocemos nosotros, pero en las naciones en que tal sucede tampoco se cuentan en grande número los hombres grandes, en las contiendas políticas no aparecen verdaderos genios, ni los cultivadores de los buenos estudios logran otra cosa que arrastrar modestos y arrinconados su vida trabajosa. Las naciones en que tan poco caso merecen las ciencias, aquellas en que no se piensa desgraciadamente mas que en la mezquina lucha del día, no deben pretender jamás ser levantadas á la altura de nación de primer orden.

¡Y esto que, como sucede en España, su pasado está lleno de los recuerdos mas sublimes y grandiosos.

III.

Entre las naciones de Europa, la Francia es de las que mayor importancia concede á los servicios que prestar pueden á las artes, á las ciencias y á las glorias nacionales, el establecimiento y conservación de museos de antigüedades ó de museos arqueológicos. No solo han considerado en Francia los gobiernos que concurría á la formación de buenos artistas, y que ilustraba el estudio de diversos ramos de las ciencias, la conservación y fomento de museos en donde pudiesen contemplarse los restos de las civilizaciones antiguas, sino que al establecerlos han llevado asimismo una mira política, si podemos decirlo así, porque el recuerdo de los grandes hechos, la consideración de lo que hicieron nuestros antepasados, eleva el amor propio de los pueblos, robustece el espíritu nacional y engrandece las naciones á los ojos de los extranjeros.

Hé aquí por qué damos tanta importancia al elemento histórico y arqueológico en la vida de los mismos pueblos. Estos estudios que nos dicen lo que fueron los hombres en otras épocas, estos trabajos en que los primeros historiadores del mundo nos encarecen el buen ó mal estado de las generaciones antiguas, no se crea que se conciben y lleven á cabo solo en pos de una reputación social bien adquirida, ni para alimentar aspiraciones especiales de crítica ó de gusto literario, sino para prestar un verdadero servicio á los que viven ahora recordando de lo que fueron capaces los que vivieron. Estimulándonos con el ejemplo á imitar sus buenas acciones, lograremos quizá sobrepasarlas, y de este modo pueden las sociedades modernas hacerse acreedoras de igual ó mayor aplauso.

Los museos arqueológicos no deben, pues, considerarse solo como un vasto repertorio de restos mas ó menos incompletos de los tiempos antiguos; no basta ver en ellos una colección de preciosidades artísticas puestas á salvo de las destructoras inclemencias del tiempo, ni una escuela de obras maestras á que puedan concurrir los artistas para conocer el carácter particular de las diversas épocas. Además de estos especiales servicios, que parece haber sido los únicos que hasta ahora se han querido obtener de semejantes establecimientos, deben los museos prestar inmediata enseñanza ilustrando al público en general con sus mismos restos antiguos y sus mismas preciosidades, y levantar el ánimo á grandes acciones con los recuerdos vivos de los hombres célebres.

Hé aquí por qué puso tanto ahinco la Francia en recobrar la espada de su monarca Francisco I que se conservaba en la corte de España, y por qué casi en el centro de su gran Museo de los Soberanos en el Louvre, entre la corona de Carlomagno y los laureles de

(1) En uno de los museos arqueológicos de París hasta llega á conservarse con especial cuidado un hueso de la boca del célebre Molière, gloria de la antigua literatura y teatro de Francia.

oro de Napoleón I, tiene colocado con el mayor esmero el celebre puñal de Felipe II, regalo de este monarca hecho en 1563 al gran maestro de la orden de Malta. Tan insignificantes rasgos retratan á menudo el carácter de todo un pueblo, y la vista de objetos de escaso valor intrínseco les enorgullece muchas veces.

¿Quién ignora la veneración profunda con que se conservan en el mismo Museo de los Soberanos los objetos que sirvieron al emperador Napoleón I en la isla de Santa Elena. Allí sobre ricos almohadones se conservan los sombreros que abrigaron la cabeza del gran capitán del siglo, allí su espada, su redingot gris con que nos representan todos los artistas al vencido de Escocia, allí sus trajes, sus mantos, sus libros y utensilios domésticos, parece todo que mantiene brillante la aureola de su genio, y al salir de aquel local los concurrentes franceses desafiarian solo con la sombra de Napoleón el poderío del mundo entero.

En cambio, en uno de las salas del Museo de Cluny se agolpa el gentío á considerar los preciosos objetos que encierra una urna de grandes dimensiones. Son las coronas de España, dicen las gentes al contemplar las magníficas coronas de los reyes godos, que no ha mudado fueron encontradas cerca de Toledo. Y los franceses las examinan con aire de importancia y de triunfo, los extranjeros con curiosidad y extrañeza, mientras los españoles se apartan de aquel sitio con dolor y despecho.

FLORENCIO JANER.

RECUERDOS DE MIS VIAJES.

PRIMER VIAJE Á AMÉRICA.

ECUADOR.

XXIII.

Daban las seis en el reló de la Merced. Salía el astro vivificador de entre los húmedos picachos de las montañas; libaba alegre, cual juguetona mariposa, el tenue y hermoso *quinde* las brillantes y pintadas coronas de las flores en los tiestos de la ancha balastrada del balcón interior de la casa colocadas, cuando movido por la natural curiosidad del viajero, dirigí mis plantas hácia la colina, llamada la *Chilena*. Era pura y risueña la mañana, suave y balsámico el ambiente. Los floripondios, que á mi izquierda limitaban la estrecha, verde y húmeda senda, que, terminada la calle, conduce á la colina, refrescaban mi frente con las nítidas gotas de agua, que, por intervalos, despedía el follaje agitado por la brisa matinal.

Al llegar á la Chilena, el recinto, que sirve como atrio á la pequeña iglesia dedicada á *San Juan Evangelista*, yacia silencioso y solitario. Los moradores de las pobres casitas que le circuyen habian salido á sus faenas diarias. Sentéme en uno de los poyos, que á ambos lados de la puerta de la iglesia se encuentran, y dirigiendo vagas miradas sobre la ciudad que á mis pies se extendía, caí en una profunda meditacion.

¿Hasta qué punto comprueban los hechos históricos la ley del progreso indefinido de la humanidad? Si la idea de Condorcet, pensaba yo, sale triunfante de entre el intrincado laberinto de las vicisitudes por que ha pasado el antiguo mundo, fuerza es que aparezca en todo su esplendor, al examinar, con un criterio filosófico, la sencilla historia de cualquier rincón del continente americano. Sobre esta misma ciudad, que ahora con sus templos, han pasado, por lo menos, cuatro distintas civilizaciones: la de los quitus, ó primitivos habitantes del país, la de los *scyris*, ó señores de *Caran*, la de los incas del Perú y la española: todas ellas dejaron visibles huellas de progreso social. La ley de perfectibilidad se cumplió. ¿Son, pues, fatalmente necesarias las revoluciones de los imperios? ¿Es la guerra, este terrible agente del humano linaje, un vehículo civilizador? ¿Quién es capaz de comprender los arcanos de la Providencia?

Entonces echando una mirada retrospectiva á las transformaciones de los objetos que en aquel momento me rodeaban, recordé no hay memoria, ni vestigios de que los quitus hayan erigido templos á la divinidad. Leíanse, entre otros, los primeros *scyris* un templo á la luna. Ocupaba la misma eminencia donde yo me encontraba. Era redondo con varias ventanas circulares en su contorno. Penetraba por ellas la luz de la luna iluminada. *Mama-Quilla* ó la luna, era de plata, de circular forma, y con rostro de mujer. Encima de este idolo había un cielo formado de lienzos de algodón de color azul, con estrellas de plata. Celebraban los indios una fiesta cada novilunio alrededor de este templo, que empujados por los incas, destruyó el tirano Rumiñagüi, y en su lugar á *San Juan Evangelista*. Por manera que en aquel pequeño recinto estaban marcadas las huellas de cuantas y progresivas civilizaciones.

Cuando me heube cansado de reflexionar sobre el pasado y porvenir de la humanidad, bajé por la pendiente que me conducía á la Chilena, conduce á la plazuela de la Carnicería. Al pasar visité la iglesia parro-

quial de Santa Bárbara y el convento de religiosas del Carmen-Bajo. Nada notable presentan estos edificios, cuyo interior revela, sin embargo, la suntuosidad artística del culto católico. Desde la Carnicería, regular edificio, aun por terminar, subí la calle de la Sabana hasta la plazuela de San Blas. En ella está situada la iglesia parroquial del mismo nombre. Satisface mi curiosidad visitándola tambien de paso. Ningun objeto llamó en ella particularmente mi atención. Seguí, pues, mi matinal escursion hasta la Alameda, paseo público, de forma de un triángulo escaleno, cuyo ángulo mas agudo hubiese sido ligeramente truncado. Por el lado de la seccion, que mira á la calle, hay una puerta con una gran verja de hierro. El resto está cercado por una ligera tapia. Desde el lado menor, que es la entrada, parten tres calles de elevados y elegantes árboles, dirigiéndose la una recta por el centro hasta el opuesto lado, y siguiendo las otras dos, paralelas con su respectiva lateral tapia: una hermosísima alfombra de verde césped cubre todo el plano del paseo. Algo mas allá de su parte media elevase solitaria una cruz de piedra. Sentado al pié de este signo de nuestra redencion, cruzaron mi mente dulces á la par que tristes recuerdos de mi cara patria.

¡Oh! vosotros, ingratos hijos de ilustres progenitores. Vosotros los que solo teneis lengua para mancillar á la sufrida y noble España. ¿Quién trajo á estas regiones el lábaro de Constantino? Con este signo vencerás, dijo aquel emperador, y la cruz domó la barbarie, vencedora por la fuerza de las armas. Los germanos, los slavs y los árabes invaden sucesivamente el mundo romano, cubriéndole de poblaciones extranjeras diversas en idiomas y costumbres. Pásanse cinco siglos en medio de estas grandes oscilaciones de los pueblos, hasta que al fin con las tinieblas de la barbarie consolídase una aparente calma, merced al fraccionamiento de las sociedades: instituciones, leyes, trajes, idiomas, todo se localiza: el orden feudal rige el mundo. ¿Quién destruyó este sistema, organizado despues de tan laborioso trabajo? ¿Qué fuerza desconocida gastaba lentamente esta máquina social? El Evangelio. Entre aquellas aisladas sociedades vivía el espíritu evangélico. Cuando una santa y potente voz las convocó, reuniéronse sin conocerse: el sepulcro de Cristo fue el lugar de la cita; y las cruzadas la primera brecha abierta al edificio feudal, que al fin desapareció porque era incompatible con la moral evangélica. Así como la luz disipa las tinieblas así la cruz ahuyenta la barbarie. Por donde ella pasa el mundo se regenera y civiliza: la ignorancia con todo su séquito de males es el gran demonio que huye aterrado ante el divino lábaro. ¿Preguntareis ahora qué bienes trajeron á América los valerosos españoles que la bautizaron con su sangre?

Vagaban á la sazón mis miradas por la verde y estensa llanura de *Inaquito*, sangriento teatro de una contienda de hermanos. Allí venció el año 1546, Gonzalo Pizarro al virey Blasco Nuñez. Despues de haber realizado mil heroicas proezas, hirióle mortalmente con su lanza el soldado Porras, sin conocerle, porque iba disfrazado de indiano. Hallábase cerca el confesor de Pizarro, y pidióle Blasco Nuñez le oyera en penitencia. —¿Quién eres? preguntó el sacerdote.—Haz tu oficio, replicó el virey, que nada te importa mi nombre. Reconocido al fin, cortóle la cabeza un negro esclavo de orden de Carvajal. Puelles y otros soldados llevaron este horrible trofeo y le colocaron en la picota pública. Mas Pizarro la hizo unir al cuerpo, celebrando un magnífico funeral, al cual asistió vestido de luto. Sepultaron el cadáver en el mismo lugar del campo en que sucumbió á su mala estrella. Mas tarde hizo construir allí, el mismo Pizarro, una capilla, que se llamó *capilla real*, y que aun se conserva con el nombre de capilla de *Bellen*: es un pequeño, solitario y olvidado edificio, sin otra importancia que este recuerdo histórico. Como me separaban de él muy pocos pasos, dirigíme allí alargando despues mi paseo á la misma pradera de *Inaquito*. Este *ejido*, como le llaman los naturales del país, está cubierto de quintas y algunos pequeños arenales llamados *rumi-pampas*, donde se ven aun algunos restos de las antiguas erupciones del Pichincha. Hay tambien algunas cienegas, llamadas totorales, del nombre de la planta que en ellas se cria, especie de mimbres que los indios trabajan para hacer petates ó esterillas, canastas, aventadores, sombreros y otras chucherías.

XXIV.

En esto asomaban algunas ligeras nubecillas por el horizonte, dando evidentes señales de lo próximo que estaba el chaparron cotidiano: era preciso volver á casa. Siguiendo, pues, las mismas calles hasta la Carnicería, subí por el Carmen á la del Beaterio que da salida muy cerca de la portería de la Merced. Estaba ya en mi domicilio.

Este primer paseo investigador produjo en mí una sensación poco grata. Quito es de una suciedad nauseabunda. Sin las continuas avenidas del Pichincha, seria un foco perenne de infeccion. A la falta completa de policía urbana unéanse costumbres y causas, que, sino disculpan del todo, al menos explican tan inconcebible abandono y descuido higiénico. Quito es pobre, muy pobre. De los cuarenta mil habitantes que escasamente

encerrará en su seno, los blancos, entre los cuales únicamente se cuentan algunos ricos, son escasísimos; los cholos, zambos y los pocos negros viven con bastante escasez, y los indios, que componen mas de la mitad de la poblacion, son miserabilísimos. Con una masa de gente de esta especie es en alto grado difícil la limpieza. Para conseguir alguna, hay barrenderos públicos; pero como son tambien indios de repugnante aspecto y sucio ropaje, no conciben ellos mismos el por qué del oficio que ejercen, así les he visto varias veces arrancar una yerba y dejar á su lado una inmundicia.

Las relaciones y condiciones en que se encuentra la poblacion quiteña presentan la miniatura de las de toda la República. Los datos oficiales la hacen subir próximamente á un millon; pero de las noticias que yo pude adquirir durante mi permanencia en ella resulta debe calcularse en números redondos en solos ochocientos mil habitantes, distribuidos en tres razas, blancos, indios y mestizos: esta última la constituyen los *cholos*, producto de blanco é india y los *zambos*, fruto de negro é india. En Guayaquil y en la costa hay algunos individuos de raza negra.

Calcúlense los blancos en unos doscientos mil individuos: constituyen la alta clase social, especie de aristocracia de raza.

Habrán próximamente otros doscientos mil individuos entre negros y mestizos, formando un remedo de clase media.

Los cuatrocientos mil individuos restantes pertenecen á la raza cobriza ó indiana, y son los verdaderos ilotas de esta moderna república.

Exceptuando los indios del litoral, con especialidad los de la provincia de Manabí, que están bastante civilizados, son industriosos y visten á la usanza europea; y los de la provincia de Imbabura, que suelen ser alegres, trabajadores y bastante inteligentes, los restantes individuos de la raza cobriza, pueden únicamente compararse por lo esclavos y pobres, á los ilotas de la antigua Esparta, por lo sucios, perezosos, embrutecidos, abyectos y degradados, á los parias de las Indias Orientales.

A pesar de esto, la semi-esclavitud de la raza indígena es de muy escasa utilidad. En tesis general, semejante clase, ni produce, ni consume. Su pereza le hace repulsivo el trabajo; su frugalidad, se lo constituye poco menos que innecesario.

El indio de Oriente, nómada y salvaje, vive de la caza y el clima cálido de su inculto y selvático suelo le hace inútil el vestido. El catequizado que se presenta á veces, en los pueblos interiores, usa por todo traje un pantalon que solo merece el nombre de tapa-rabo. Para no perder el sello característico del salvaje, lleva pintado de azul y encarnado, el rostro, las sangrías y las curvas.

No es mas rico el traje del indio montañés: un calzon de basta tela blanca y un *poncho* forman su vestimenta. Envuelve la india el cuerpo en su *anaco*, y por todo adorno y abrigo, cubre la espalda con un pedazo de listada y áspera tela.

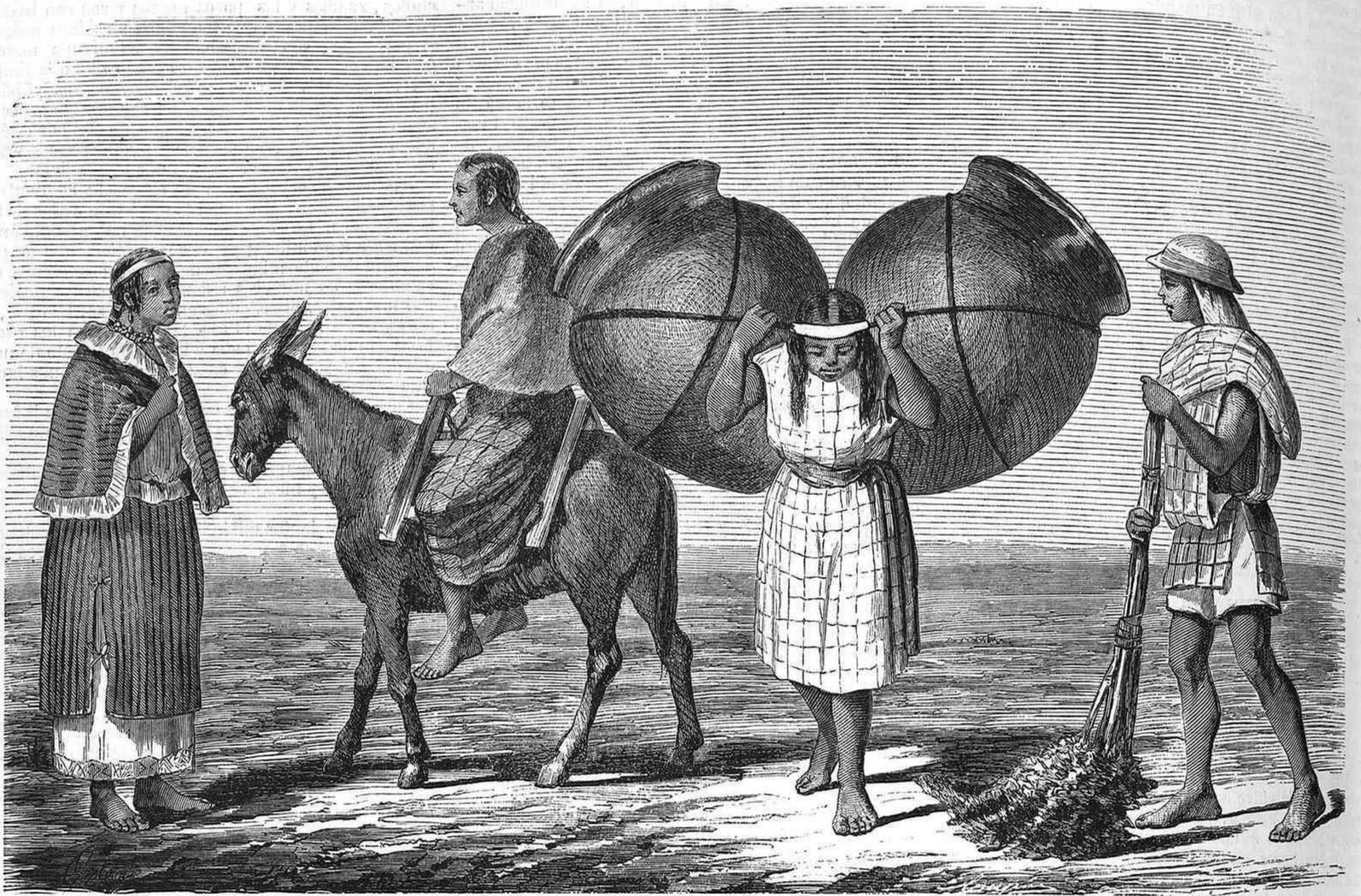
El alimento de estos indios montañeses es todavia mas frugal que el de los salvajes. Consiste, por lo comun, en grano de maíz, que comen, sin mas preparacion ni aliño. Del mismo grano, estraen un jugo, que, mezclado con agua y fermentado, les sirve de bebida: llámanla *chicha*.

Durante mi matinal escursion por la ciudad, he contemplado atentamente muchísimos de estos seres desgraciados tendidos en las calles que he frecuentado: algunos formaban corros, que obstruían el paso, y comían su maíz y bebían su *chicha* á la redonda. Un escaso número de estos grupos bebia tambien ávidamente un mal aguardiente fabricado en el país. Muy pocos individuos he visto ocupados de algo. Solamente he observado al pasar la Carnicería, algunas indias en sumo grado sucias, acarreado carne, y dando al propio tiempo de mamar á un niño sujeto en la especie de chal que llevan al cuello; las lecheras, que pregonaban la venta de la leche por las calles; uno que otro aguador con su tinaja; dos ó tres indias vendiendo estos indispensables utensilios; las que conducían yerba al mercado en sus borriquillos ó volvían de la venta montadas sobre los mismos aparejos donde llevaran la carga; algun vendedor de plátanos, indio por lo comun de Zambiza, mas aseado y pulcro que los demás indígenas, y los ya mencionados barrenderos ordinariamente parados á las esquinas de las calles sin echar de ver la terrible tarca de su oficio, si á conciencia supieran desempeñarle.

Tal es el indio del Ecuador. Quizá mejoraría su condicion, un buen sistema de enseñanza, pero la de la República no alcanza al indígena, que ni hablar sabe, el castellano bárbaro, surgido del triste abandono en que yace allí, el estudio y cultivo de la rica, sonora y fluida lengua de Cervantes.

Verdad es que, en general, la instruccion se halla en gran manera descuidada. La que llamamos superior es puramente nominal: el exclusivo ejercicio de la Universidad de Quito es conferir grados de doctor en teología, cánones, leyes y medicina, pues, los aspirantes no están obligados á probar cursos académicos, ni estudios previos, según la ley vigente. Tampoco organiza esta la enseñanza secundaria: la que se da en los colegios de Quito, Latacunga y Guayaquil, no merece tal

COSTUMBRES DEL ECUADOR.



INDIA EN TRAJE DE NOVIA.

INDIA VENDEDORA DE YERBA.

INDIA QUE VENDE TINAJAS.

INDIO BARRENDERO.

nombre. No hay escuelas especiales, ni se conocen las carreras de este género. Finalmente, la instrucción primaria, mas necesaria y esencial aun que las otras, está, no solo poco estendida, sino confiada, por lo comun, á personas inespertas é ignorantes.

XXV.

Fiel al trazado plan de ocupaciones, encerréme en mi cuarto á mi vuelta á casa, y, solo con mis libros díme á investigar acerca de los hechos históricos de ecuatoriano suelo. No es mi ánimo cansar al benévolo lector con la difusa narracion de los que aglomeró en mi mente, la tarea, á que solitario, me entregué por dias y meses. Solamente por intervalos, y cuando lo crea útil ó entretenido, dedicaré algunas páginas á consignar apuntes, que en ocasiones hice.

Hé aquí, ahora, una primera prueba de tan ligeras como imperfectas noticias.

Desde muy remotos y apartados tiempos, moraba el primitivo pueblo quitense bajo la ecuatorial línea, ocupando un territorio de unas cincuenta leguas de Oriente á Poniente y de Norte á Sur. Dividiáse en cuarenta provincias ó tribus, y rodeábanle mas de cincuenta Estados independientes subdivididos tambien en muchas tribus. Eran de estos Estados los mayores, *Latacunga*, *Puruhá* y el *Cañar*. El nombre de *Quito*, con que fue siempre conocido el estado central y que rodeaban los otros cincuenta, es comun opinion, haberle

tomado de su último régulo *Quitu*. Ignóranse los nombres de sus predecesores y se sabe muy poco del estado de cultura de estos primitivos pueblos. Supónelos, el historiador *Velasco*, bárbaros, rústicos é incultos, sin leyes, religion ni siquiera semi-civilizadas costumbres. Lo que para mí creo, es que no podian merecer otra calificación, que la de salvajes.

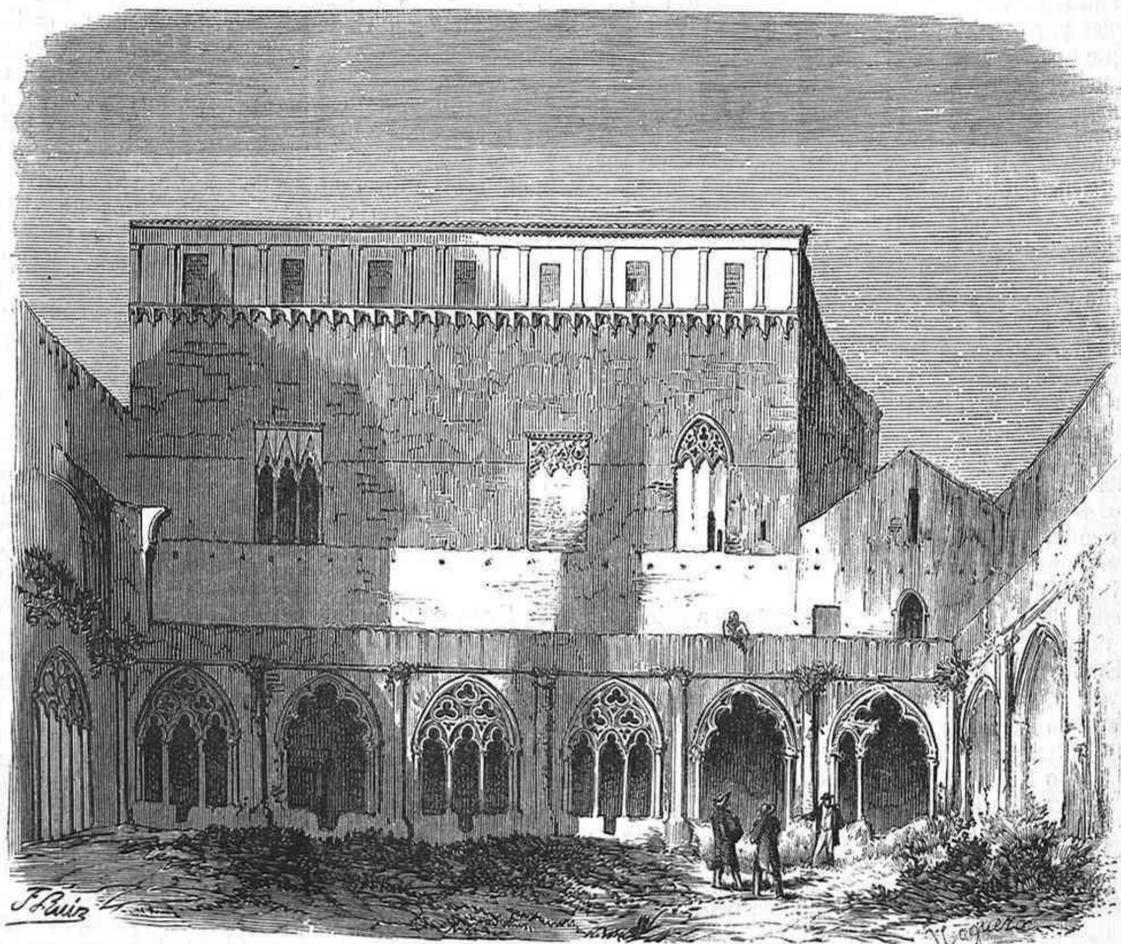
Algo mas avanzados en cultura parece eran sus conquistadores los *caranquis*. Llegaron estos navegando en grandes balsas por los años de 700 á 800 de la era cristiana. Mandábalos *Caran*, llamado el *Scyri* ó señor.

Desembarcaron en la bahía, que de su nombre se llamó de *Caraques* fundando en ella la ciudad de *Cara*. Estendieron primero su dominio en el litoral. No satisfechos del clima ó amantes de la vida nómada, subieron por el rio *Esmeraldas* en sus balsas, y, despues de unos doscientos años de peregrinacion, comenzaron la conquista de *Quito* por las poblaciones que se hallaban tras la cordillera del *Pichincha*. Eran los *caranquis* inferiores en número, pero superiores en valor, armas, artes é industria á los de *Quito*. Fue al parecer fácil la conquista. Con ella entró el estado quitense, en mejores condiciones de civilización. Erigieron los *scyris* templos al Sol y á la Luna, y los honores y ceremonias que á estos ídolos tributaban, asi como la disposicion de los mismos templos nos revelan sus conocimientos en astronomía.

Conocia este pueblo el derecho de propiedad y aun el de sucesion. Esta en los *scyris*, señores ó jefes supremos del gobierno era únicamente de varones con exclusion de las hembras. A falta de varones heredaban los sobrinos hijos de hermanas, pero nunca de hermanos.

No enterraban los muertos. Colocaban el cadáver en la superficie de la tierra, en lugar apartado de la poblacion, poniendo sus armas y alhajas en contorno. Entonces practicaban varias ceremonias fúnebres. Concluidas estas fabricaban alrededor una pared que terminaba en bóveda, acumulando sobre ella mucha tierra, por manera que formaban una pequeña colina, que llamaban *tola*.

Existen todavia muchas *tolas* en el Ecuador y yo tuve ocasion de ver algunas.



PALACIO DEL REY DON MARTIN DE ARAGON.—POBLET.

Er...
de su...
como...
será...
no lo...
recon...
res,
y de...
conoc...
tativ...
Disti...
per u...
plunc...
usada...
solo...
un co...
tamer...
Eran...
parra...
perio...
conqu...
Cor...
ricos...
dera...
sos la...
Des...
gíend...
cribir...
ricos...
Des...
no á...
parece...
reina...
sivan...
por m...
Cas...
tes qu...
poder...
Fab...
á guis...
da, de...
imed...
cia de...
siemp...
Lue...
solo se...
la mu...

Era ordinariamente hereditario el cargo de jefe supremo del gobierno, especie de caudillo como el de las tribus germanas. Llamábanle scyri, esto es, señor. Cuando moría este jefe tomaba el mando el sucesor, sin ser antes reconocido en junta de los principales guerreros, quienes tenían el derecho de no admitirle, y de nombrar otro de entre ellos mismos. El rey conocido ó electo scyri ó jefe tomaba como distintivo una esmeralda que colocaba en la frente. Distinguíanse los demás guerreros subalternos por una corona de dos órdenes de vistósísimas plumas. El resto del órden de los guerreros usaba también corona de plumas, pero de un solo órden.—Los pueblos conquistados, y aun un corto número de caranquis, estaban completamente subordinados al órden de los guerreros. Eran sus armas la lanza, la pica, el hacha y la perra, armas que manejaban con maestría superior á los quitus y demás pueblos que luego conquistaron.

Conservaban la memoria de los hechos históricos colocando en una especie de cajita de madera con varias divisiones, piedrecillas de diversos tamaños, formas y colores.

Descifrando esta singular escritura y recogiendo las tradiciones del país han podido escribirse las costumbres y algunos hechos históricos del pueblo de Caran.

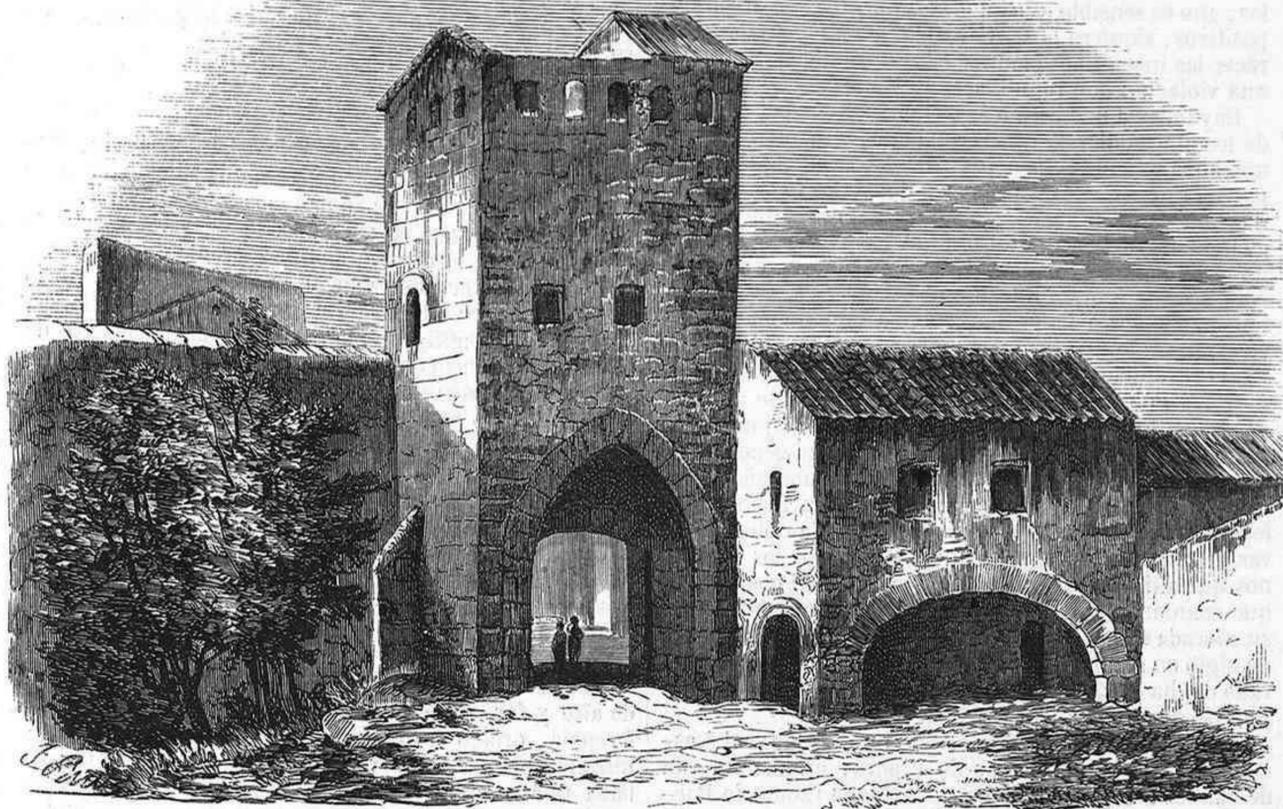
Desde la conquista de Quito hasta que fueron á su vez sojuzgados por los incas del Perú, parece han trascurrido unos quinientos años y reinado ó dominado unos quince scyris, exclusivamente ocupados de estender sus dominios por medio de las armas.

Casi todas las tribus ó naciones independientes que rodeaban el reino de Quito, cayeron en poder de los caranquis.

Fabricaban estos en cada nueva provincia conquistada, á guisa de plaza de armas, un terraplen de figura cuadrada, de uno ó dos altos con escalas levadizas; y fundaban inmediata á estas plazas, una poblacion, para residencia del jefe superior de la provincia que pertenecía siempre á la nacion Caran.

Luchó esta infructuosamente con la de Puruhá que solo se unió al reino de Quito por alianza matrimonial, á la muerte del scyri décimo primero.

J. DE AVENDAÑO.



INTERIOR DEL HOSPITAL DE POBRES.—POBLET.

MONASTERIO DE POBLET.

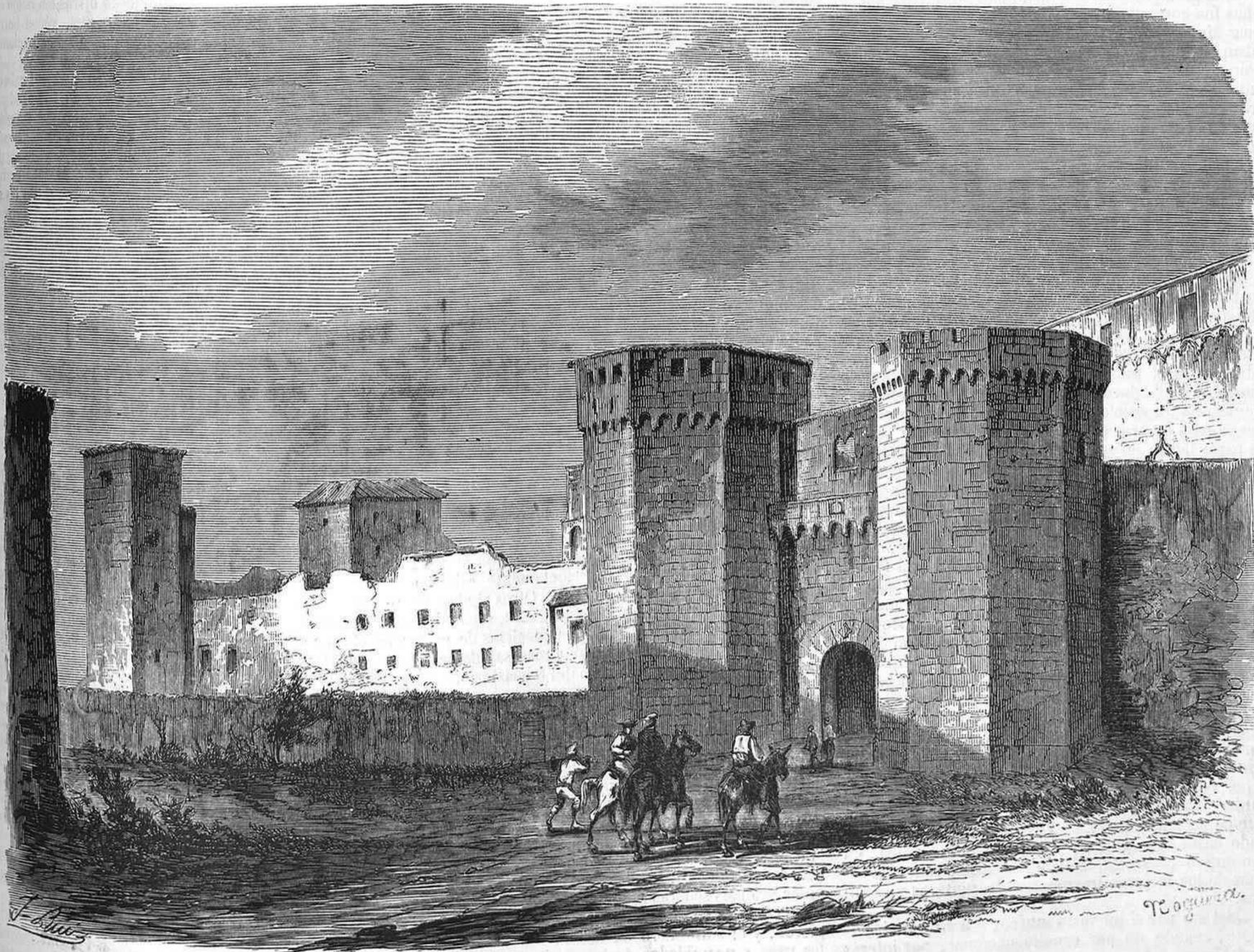
I.

Si Castilla se envanece justamecte con el célebre Escorial, Cataluña pudo mucho tiempo estar orgullosa de su famosísimo Poblet, el Escorial del Principado, el opulento cenobio de los monges cistercienses, el amado retiro de los soberanos de Aragon.

¿Quién no conoce á Poblet siquiera por relaciones de

viajeros? ¡Mas ay! ¡quién ignora su destruccion reciente, y no llora la pérdida de monumento tan incomparable, joyel esquisito del arte cristiano, sagrado receptáculo de nobles y añejas memorias de que justamente se enorgullecia el país!

Forzosa condicion es de las cosas humanas pasar por las vicisitudes que van anejas á todo lo perecedero; y aunque doloroso, debe confesarse que estos cambios no se operan sin violentas escisiones. Mas ya que el siglo XIX parece llevar la triste mision de ir borrando los



CERCA ANTIGUA DEL MONASTERIO DE POBLET. (COPIA DEL NATURAL).

llamó... Es... atisfe... bieron... unos... con... tras... ferio... s, ar... cil la... mejo... civili... s scy... y á la... y ce... s ido... como... mis... evelan... n as... blo el... dad y... Esta... res ó... obier... de va... de las... varo... rinos... pero... s. muer... dáver... a tier... o de la... o sus... ontor... aban... fúne... as fa... na pa... n bó... sobre... r ma... una... e ll... chas... ro tu... unas.

últimos vestigios de la edad media, como quiera que un nuevo orden de ideas exige un nuevo orden de símbolos, ¿no es sensible que en el estado actual de adelantos positivos, siquiera el sentido artístico no bastase á guarecer las insensibles piedras y las inocentes pinturas de una violación que repugnaria á los mismos salvajes?

Hay todavía una cosa mas bochornosa, y es la incuria de los que pudiendo reparar el daño, ó atenuar los menoscabos padecidos en aciagas horas, dejan consumirse por sí la obra de esterminio, sin dignarse poner la mano ni tender una mirada á la ruina que se hunde, aun cuando envuelva destinos augustos ó magnificencias de gran valía. ¡Cuántas veces, por el contrario, la ruín codicia ú otros intereses no menos aviesos, se anticipan al trabajo de los años complaciéndose en aniquilar á sangre fria y como por juego, lo que ha dejado en pié la revolucion! ..

Quizá Poblet es el ejemplar mas elocuente de estas verdades. Edificio suntuoso de una de las mejores épocas del estilo ojival, levantado por toda una generacion, á impulsos de aquella fe que traslada las montañas; santificado ya antes de su origen por dulces memorias y leyendas piadosas; mejorado á porfía con amplias dádivas de toda la cristiandad; ennoblecido por los soberanos que allí se gozaban en la plácida quietud claustral, y que enamorados de tan bello retiro, lo escogieron por su morada última en la tierra; engrandecido finalmente de siglo en siglo, enriquecido de año en año, y admirado de dia en dia, no bastaron tamañas escelencias para librarle de su definitiva pérdida.

Por una hermosa tarde de verano, corria el sol á esconderse tras las montañas de Prades, inundando aun de cálidos reflejos toda la estension de la Conca de Barberá, en uno de cuyos lados, las cúpulas y azoteas del monasterio sobresalian entre la arboleda, como desafiando al tiempo, orgullosos en su ancianidad. Cuando lució la nueva aurora ya no asomaban por entre los árboles cimborios ni troneras; las atalayas seculares se habian venido abajo; solo vastos paredones cuarteados y ennegrecidos marcaban el sitio del que aun la vispera gallardeábase como rey de los monasterios catalanes, sin que bastaran á preservarle las augustas sombras de un Jaime el Conquistador, de un Pedro del Puñal, de un Martin el Humano, de un Carlos de Viana, de sus respectivas esposas, hijos y leales servidores, los egregios duques ó condes de Segorbe, Cardona, Moncada, Urgel, Villamur, Anglesola, y tantos otros que allí descansaban, habiendo sido el lustre de su siglo y la honra de su suelo, la admiracion de los contemporáneos y el asombro de la posteridad; modelos insignes de virtudes y de toda grandeza; héroes incomparables, para cuyos hechos fue corto el mundo, como para su descanso eran apenas digno lugar los soberbios mausoleos que los cobijaban en Poblet!

Poco ha hecho el gobierno en favor de este monumento, toda vez que en un cuarto de siglo apenas ha merecido su atencion, y gracias aun que no se le haya demolido como muchos otros para utilizar su local ó sus escombros. Entre tanto esas pobres ruinas siguen abiertas al primero que llega—¡júzguese si habrán faltado curiosos en tantos años de abandono!—cuando á mediar un poco de buena voluntad, aun podia en gran parte restaurarse y rehabilitarse...

Cual enjambres de insectos que se posesionan de un cadáver medio devorado por los buitres, así cayeron sobre los despojos monumentales de este país sabandijas de todas clases, desde el especulador en obras, que busca materiales económicos, hasta el negociante de antiguallas, que recoge fragmentos de esculturas; desde el grosero advenedizo que derriba con escarnio una y otra piedra, hasta el pulido visitante que en afectacion de entusiasmo embadurna las paredes con inscripciones ridiculas. Es imposible calcular los detrimentos que esta clase de paso ha ocasionado á Poblet, y á buen seguro mas parte llevan en su degradacion los aficionados que los indiferentes. En un principio destruyóse mucho por barbarie, por pasion, por ojeriza; mas sucesivamente se ha roto, mutilado, destrozado por cálculo logrero, por codicia artística, por simple prurito, y aun por moda. Conforme los que van á Cardona y á San Miguel del Fay, traen sal y estalactitas, los que van á Poblet traen piedras entalladas. Viéndolas esparcidas por el suelo como desengarzado collar ó como suelto ramillete de flores, ¿quién no se inclina á recoger alguna, siquiera para recuerdo de su visita? Al cabo esta operacion viene á ser muchas veces una obra de caridad. Ya que las autoridades proceden con tal abandono, bueno es que alguna rareza vaya á parar á manos hábiles, prescindiendo de las que van á las de extranjeros, que esplotan nuestra dejadez. Conviene empero hacer una distincion honrosa á favor del reverendo don Antonio Serret, cura párroco de la Espluga de Francoli y del jóven don Pedro Gil, el primero por haber recogido á sus espensas, y guardado bajo una de las bóvedas de su iglesia gran parte de las reales cenizas, y el segundo por no haber cejado hasta conseguir su traslacion á Tarragona, en cuyo museo provincial hállanse asimismo reunidos algunos de los mejores fragmentos de pinturas y esculturas.

Poblet era por sí un vasto museo, y á su restablecimiento, cuando no por orgullo nacional, por interés arqueológico, debia consagrarse toda la solicitud de las

comisiones académicas, y todo el sobrante de los fondos que se destinan á la conservacion de monumentos. Nuestra fama hubiera ganado en ello un poco, y Cataluña aun podria envanecerse largo tiempo con su interesante Escorial.

II.

Para dar idea de la grandeza de este monasterio, trazaremos de él una breve descripcion, acompañada de vistas que espresamente se han sacado del natural.

Viniendo de la Espluga, á siete leguas Noroeste de Tarragona, en el declive de una serranía que presenta sus faldas cubiertas de viñedo, y sus lomas de sombrío bosque, aparece á la vista un grupo de construcciones, algunas muy antiguas, otras modernas, ceñidas de torres y murallas como fortaleza, y coronadas de chapiteles y campanarios á guisa de templo cristiano.

Este edificio entre militar y religioso, es Poblet. Por los años de 1150 inició su fábrica el conde de Barcelona, don Ramon Berenguer IV, aunque fue debiendo grandes ampliaciones á los reyes sucesivos, y á los abades y bienhechores de la orden.

Conforme hoy se mira, esclamaba á fines del siglo pasado su gran cronista el reverendo padre don Jaime Finestres y de Montalvo, es sin género de lisonja el mas suntuoso de la congregacion cisterciense en los reinos de la corona de Aragon y Navarra.

Rodéale, ó rodeábale, un muro exterior de seis varas de alto y dos mil ciento cincuenta y cuatro de circunferencia, orlado todo él de almenas. Una sola puerta mirando al Norte hacia Vimbodí, sobre la que descollaba una grande estatua de la Virgen, introducía al pórtico, especie de zaguan cuyas paredes eran de sillaría; y luego á una plazoleta con pozo y abrevaderos, limitada á la derecha por la cerca de la viña, á la izquierda por una ala de habitaciones para mozos de labranza y religiosos conversos á ella agregados, y en el fondo por un muro de sillares donde estaba la puerta dorada, así dicha á causa de unas planchas de bronce muy labradas que la cubrian. Cobijábala una grandiosa ladroneira y veíanse en el promedio tres escudos con las armas de Aragon, Sicilia y Castilla, además de otros tres menores con el blason de la casa y los de sus abades Delgado y Coello que dirigieron esta obra á fines del siglo XV. Junto á la puerta hay todavía una capilla dedicada á la Virgen del Rosario y al glorioso mártir San Jorge, la que se labró con todo el primor del arte ojival en su último período á costas del rey don Alfonso V, quien así mismo hizo traer de Italia el precioso retablo que la adornaba.

Esta plazoleta servía de tránsito á un hermoso atrio pintado al fresco, donde solía hacerse la solemne recepcion de personajes cuando visitaban el monasterio y así sucedió con don Carlos II de Navarra en 1375, en el mismo año y muchas veces despues con don Pedro IV, en 1389 con don Juan I, en 1416 con don Alfonso IV, en 9 de noviembre de 1493 con los reyes Católicos y en 1564 con don Felipe II y real familia.

Aparecia seguidamente un gran descubierta, al pié de la llamada clausura ó segundo recinto del monasterio, que rodeaban los edificios siguientes: á derecha mano la hospedería y el palacio abadial, sencillo caseron de dos cuerpos adornado solo con una línea de balcones y otra de ventanas enrejadas; en el confin de la izquierda el hospital de pobres, la bolsaría y habitacion del monje portero, una capilla bizantina de diez y ocho varas de longitud y doce de altura, bajo la advocacion de Santa Catalina, y al dorso de esta el humilladero ó ermita de la Virgen del Ciprés; erigido en 1604 para perpetuar la memoria de cierto milagro.

Ambas plazas, dice el padre Finestres, tenían á su lado derecho diversos huertos, y la viña que por aquella parte alindaba con la muralla exterior; á la izquierda rodeábanlas las caballerizas, y á alguna distancia el corral de ganado, el pajar, el pozo de nieve, todo debajo cubierta, y una era enladrillada muy espaciosa. De allí bajábase á las huertas que circundaban casi todas las obras dando vuelta hasta encontrar los molinos de harina y de aceite á los cuales proveia de abundante agua un aljibe de sillaría perfectamente esférico de noventa y cuatro varas de circuito. Otros aljibes y pozos veíanse en el huerto y demás oficinas, separadamente de la fuente principal, que por canales de piedra y cañerías abovedadas conducian aguas saludables y de la mejor calidad para el abasto del monasterio.

La llamada clausura, que aun subsiste á grandes trechos, era un recinto fortificado, obra del rey don Pedro IV, quien lo mandó construir en 1367 para resguardo del real panteon. Formaba un paralelógramo de setecientas ochenta varas de ámbito, por catorce y media de elevacion y dos y media de espesor, guarecido con antepechos, troneras y barbicanas, y flanqueado de doce torres que resaltaban seis varas fuera del muro. En este recinto, además de la iglesia mayor, conteníanse la sacristía nueva, tres claustros, una antigua iglesia denominada de San Estéban, las cámaras en que solian posar grandes señoras y personas reales, el aula capitular, la biblioteca, diferentes habitaciones para los religiosos, y el sinnúmero de dependencias erigidas para los usos y necesidades de la numerosa familia de una casa tan principal.

No lejos del templo, abriendo sobre la gran plaza antecajonada entre dos recios torreones, distinguido igualmente con los escudos de Aragon, Castilla y Sicilia, y guamente la habitacion monástica agrupábase al Noroeste de aquel, alrededor de un claustro que tomaba nombre de la adjunta y ya dicha iglesia de San Estéban, el año de 1415 por orden del rey don Fernando I. Corredante sirvió de enfermería, y allende estendianse las habitaciones de monges ancianos, el dormitorio de los jóvenes, y el locutorio de monges hacia el Oeste que tenía comunicacion con la biblioteca.

Constaba esta de dos buenas piezas, de trece y media varas, de anchura, y de longitud la primera ó *librería de don Pedro*, de treinta y cuatro varas, y la segunda, llamada *librería antigua*, de diez y seis; ambas con bóveda á recibiendo copiosa luz por sus aberturas al Oriente. Juntaban cada una poco mas de seis mil volúmenes, á mas de sus antiguos códices y curiosos manuscritos, simétricamente encuadrados y colocados los de la primera sala en una estantería de ébano sobre pedestales de lo mismo, con puertas y cristales, regalo todo de los señores don Pedro de Aragon y doña Ana Catalina de Lacerda, duques de Segorbe y Cardona, grandes bienhechores del monasterio, cuyos retratos se veían colgados en la pared.

Tambien por el locutorio de monges llegábase al claustro grande que era como el corazon del edificio, donde venían á confluír sus comunes dependencias, el noviciado, el refectorio y cocina, la botica, el horno, la bodega, etc., reuniéndose además por el ala de Mediodia la iglesia, por Oriente la sala capitular y por Occidente los trujales sobre los que se alzaba el palacio del rey don Martin. ¡Cuántas maravillas en un reducido espacio!

Este claustro, dice el señor don Ibo de la Cortina, es uno de aquellos monumentos de gusto mas esquisito, severo y grandioso que en arquitectura gótica pueda encontrarse. En planta cuadrilonga de cincuenta y cuatro varas por cuarenta y cuatro, forma una galería de arcos semicirculares, ligeramente ojivados, estribados sobre columnas gemelas, con ingenioso intermedio de calados en el lienzo Sur; y análogo orden guarda la glorieta exágona que á otro de sus lados se adelanta, la cual en dias mejores servia de cobija á una gran fuente ó tazon donde se derramaba el agua por treinta y un caños. Ahora muchas de estas graciosas ojivas así como el sobrecloster que era del propio gusto, véense horriblemente destruzadas, ó convertidas en hacinaciones de escombros.

Opuesto á la glorieta del claustro veíase el refectorio, holgado salon de treinta y tres varas de longitud y doce de latitud, que se arrojaba en airosa cruja, rasgado todo de ventanales, adornado entre otras cosas con un saltador de figura octogonal, que además de surtir para las necesidades del servicio, daba á esta pieza singular amenidad y frescura.—Por igual estilo las cocinas, los silos y demás oficinas, tan espaciosas como bellas, rebosaban la magnificencia que do quiera caracterizó á este insigne monasterio: hasta la bodega por sus buenas formas ofrece un interés monumental, segun es dable colegir del grabado que la representa.

El aula capitular, con ámbito de diez y nueve varas en cuadro, forma tres naves que á su vez descansan en cuatro ligerísimas columnas, aisladas y dibujándose apenas al través de los amosaicados reflejos que esparcen las vidrieras del fondo, en correspondencia con la puerta de entrada y dos ventanas á la misma adherentes. Solemne como un recinto sagrado, elegante como un salon de córte, todo era allí calculado y armonioso: arquitectura, proporciones, decoracion, accesorios; la triple gradería que rodeaba la pieza, los cuadros respaldados que en torno de aquella la ceñían; las tumbas esculpidas que formaban su pavimento; el rico púlpito donde se discutian graves intereses de la comunidad; la magnífica silla donde presidía el jefe de este pequeño Estado, abad de siete abadías, baron de cinco baronías, señor de sesenta pueblos, amigo y privado de los reyes, y gran limosnero de la casa de Aragon. No sin motivo, el aula capitular era celebrada como una de las dependencias mas interesantes de Poblet.

Otro cuerpo grandioso, todo de sillaría, con algunas ventanas ajimezadas y una galería en el remate apeada sobre donosas cenefas de ojivas, es el palacio que en 1397 comenzó don Martin para residir en él con su familia cuando el descanso de los negocios le permitiera acogerse á su amado retiro, como hicieron despues en Yuste y en el Escorial el emperador Carlos V y su hijo Felipe II. Muerto empero aquel rey antes de concluirse la obra y sobreviniendo luego las turbaciones del interregno, ya no hubo quien se interesase en acabarla, ni siquiera ponerla en estado habitable, sin embargo de hallarse corrientes algunos salones y muchas de las habitaciones interiores.

J. PUIGGARÍ.

APUNTES

SOBRE LOS GLOBOS AEROSTÁTICOS.

No es mi idea en este pequeño artículo el cambiar la forma, ni mucho menos dar la dirección de los globos aerostáticos. Solo me propongo el ver si puedo ser útil á los que acometen la grande empresa de lanzarse á la atmósfera.

Desde luego y supuesto que la forma en nada implica mi idea, supondremos, que siendo esta cualquiera, el globo se haya henchido de gas y elevado á su mayor altura.

Después de una travesía mas ó menos larga ó por cualquier otro accidente, quiere el aeronauta descender, y para ello le bastará abrir la válvula que hay en la parte superior del globo. Con esto se da paso al gas, disminuye en volumen el globo, disminuye por lo tanto el volumen de aire que desaloja y no cambiando su peso el globo, desciende. Para elevarse nuevamente le bastará bajar el lastre que lleva á este propósito y que consiste en sacos llenos de arena; porque entonces disminuyendo el peso del globo y siendo el peso del volumen de aire que ahora desaloja igual al que desalojaba cuando terminó el descenso, vuelve á elevarse. Se convida por lo tanto que el aeronauta después de un número mas ó menos grande de ascensiones y descensos, se ve en la necesidad de quedarse, donde ya no tenga objetos que arrojar para que el peso del volumen del globo que desaloja el globo sea mayor que su peso total. Esto como se concibe da lugar algunas veces á desgracias muy sensibles.

Vamos, pues, mi idea. Sustituyamos á la válvula que hay en la parte superior, un tubo impermeable que partiendo del mismo punto en que se halla esta vaya á parar á la barca del aeronauta, terminando en una llave á la que puedan adaptarse otras de que tratamos después. Demos comunicacion al globo con el tubo por una abertura practicada en este, en su principio ó parte superior, cuya abertura irá provista de una válvula que pueda abrirse á voluntad del aeronauta para establecer de este modo ó interrumpirla, cerrándose la corriente entre ambos. Cambiemos los sacos de arena por otros impermeables, provistos de una llave que pueda adaptarse á la del tubo que hemos mencionado anteriormente, démosles el diámetro conveniente para facilitar las operaciones y que llenos de gas entorpezcan al aeronauta lo menos posible y dispongámoslos de modo que su peso sea siempre mayor que el del volumen de aire que desalojan, con cuya condicion no podrán mantenerse á flote en la atmósfera.

Este supuesto; si el aeronauta quiere descender, atornilla uno de los sacos á la llave del tubo, en seguida abre la válvula que pone en comunicacion á este y el globo, estableciéndose entonces la corriente de gas que va á terminar al saco adaptado. Continuando de este modo la operacion, llegará un caso en que el volumen de aire que desaloja el globo sea menor que su peso total y entonces se verifica el descenso. Si desea elevarse nuevamente no tendrá mas que desalojar el gas contenido en los sacos, en el interior del globo, lo que podrá hacerse por intermedio de un tubo que termine en su interior y se halle provisto de una llave á la que pueda adaptarse la de los sacos.

En mi concepto estos deben tener el mayor diámetro posible para abreviar las operaciones. Estas pueden facilitarse mucho; porque si á la llave del tubo que da salida al gas del globo, adaptamos otro provisto de tantas llaves (ó bien pueden ser menos), como sacos hay, es evidente que estableciendo la comunicacion entre ambos, todos los sacos adaptados se llenarán á la vez y el descenso será mas rápido. Por el contrario para desalojar el gas contenido en los sacos con mas rapidez, que por medio de la compresion, podemos igualmente adaptarlos al mismo tubo puesto en comunicacion con un cuerpo de bomba cuyo piston esté provisto de una válvula que abra de dentro afuera lanzando el gas que extraiga á un tubo que termine en el interior del globo. Para hacer constante la extraccion del gas, pueden ponerse dos cuerpos de bomba dispuestos como en la máquina neumática.

Vemos, pues, que por este medio el aeronauta ha podido descender y elevarse cuantas veces lo haya tenido por conveniente encontrándose siempre con la misma cantidad de gas. Se ha evitado al mismo tiempo la corriente de gas hidrógeno que se establece cuando se abre la válvula, cuya corriente puede dar lugar á la comunicacion de la electricidad atmosférica con la desprendida por la corriente del gas. Ultimamente mi propósito ha sido ver si puedo ser con mi escaso conocimiento útil á los aeronautas: si lo he conseguido, hecha la aplicacion de mi procedimiento quedará completamente lleno mi deseo.

A. R. G.

EL ARGUMENTO DE UN DRAMA CHINO.

Suponer que la China carece de literatura dramática es desconocer el verdadero estado de la civilizacion del celeste imperio. Véase segun Mr. Bazin, el argumento de un drama chino titulado: *La chinela dejada en*

prenda, argumento que respira tanto interés como pudor y moralidad.

Wang-yue-ying, es una muchacha china, por supuesto de diez y ocho años, que tiene con su madre una tienda de perfumería en una calle de Lo-yang, y de su estremada belleza se ha enamorado un estudiante llamado Kuo-joa, que no es un libertino como suelen serlo muchos de su clase. En medio de todas las intrigas, de todas las orgías, conserva Kuo-joa una virtud y aplicacion ejemplares, y solo muestra un amor honesto y desinteresado.—La hermosa Wang-yue-ying, que no tiene por cierto el corazon de porcelana, corresponde á los amores del estudiante chino, que cada dia acude á la tienda con el pretexto de comprar perfumería; pero la presencia continua de la madre es un obstáculo para sus proyectos. Mas impaciente que su amante, Yue-ying toma la resolucion estrema de dirigirle una carta para abrirle su corazon y proponerle una entrevista durante la noche, en el templo de la diosa Kuan-yn. La amorosa intriga es dirigida por una sirvienta, que lleva la carta y devuelve la contestacion.

Semejante proposicion no podia menos de inflamar los deseos de Kuo-joa, y es el primero en llegar al punto de la cita. En las pagodas chinas se encuentran muchas cosas, y asi es que mientras aguarda el colmo de la dicha, se sienta junto á una mesa cercana al altar de Kuan-yn, y pide á un bonzo que le sirva alguna bebida. Desgraciadamente para él, del entusiasmo del amor pasa al entusiasmo del vino, y sin notar lo queda medio atontado allí mismo.

La preciosa Yue-ying llega entre tanto, acompañada de su criada que ilumina sus pasos con una linterna, y hallando dormido á Kuo-joa, espera con viva impaciencia. No obstante va á venir el alba, el tambor anuncia la hora y no tiene mas remedio que abandonar prontamente la capilla; pero deseando dejar á su amante una prueba de su ternura, envuelve en su pañuelo perfumado una chinela que ella misma habia bordado, la pone en el seno del estudiante y desaparece con rapidez.

Al despertar Kuo-joa encuentra la chinela, la examina y reconoce que ha faltado á la hora de la cita. Deseoso de dejar bien puesto su honor, no quiere sobrevivir á tanta deshonra, determina darse á sí mismo la muerte, y cree fácil lograrlo tragándose el pañuelo de su querida. El religioso encargado de la inspeccion de la pagoda tropieza con un hombre tendido á sus piés; en el mismo instante llega el criado del estudiante que inquieto por la tardanza de su amo, se habia encaminado hácia la capilla; entre ambos se agita un vivo altercado, y acusado el religioso de haber cometido un asesinato es llevado con la chinela en presencia del tribunal.

Tenia el gran juez Pao-ching la escelente costumbre de abrir la audiencia apenas amanecía, y enterado de las quejas comenzaba en seguida la instruccion del proceso. Defiéndose el religioso del crimen que se le imputa, pero por una casualidad no tarda Pao-ching en descubrir el misterio. Un empleado del tribunal, disfrazado, recorre lentamente las calles de Lo-yang, llevando en su mano la chinela. Al pasar por delante de la tienda de Wang-yue-ying, sale esta espontáneamente á reclamar el objeto que habia dejado en prenda; el empleado la conduce al tribunal, y la pobre muchacha sufre allí un severo interrogatorio. Conducida luego á la capilla de Kuan-yn, examina la enamorada doncella, llena de admiracion, el cadáver de su amante, y percibe que entre sus labios asoma una punta de pañuelo, que coge y tira hácia afuera con vivacidad y sorpresa. Kuo-joa vuelve á la vida al instante, dirige algunas palabras á la que acaba de salvarle y se levanta. Acompañada Yue-ying de su amante, regresa al tribunal, y Pao-ching, después de darles una buena reprimenda ordena que se casen en seguida.—Aquí acaba el drama, cuyas últimas escenas son muy interesantes, debiéndose observar que si bien los resortes dramáticos de que se vale el autor no son de grande efecto, en cambio están escogidos con habilidad y espuestos con decencia, en términos que ni en la tienda de perfumería, ni en el templo de Kuan-yn, á pesar de la vehemencia de su pasion, abandona Yue-ying los encantos del pudor y de la ternura.

ALDONZA CORONEL.

Ya el toque de agonía resonando con calma dice al mortal que un alma está en trance cruel,
Y anuncian las campanas, con lúgubres acentos, los últimos momentos de un ilustre doncel.

Noble niña, abstraída con rezos y plegarias, enciende luminarias en funerario altar,
Y puesta de rodillas, en frio y duro suelo, su voz eleva al cielo llorando sin cesar.

Lamenta su desgracia, suspira, se querella.. de tan gentil doncella la vida ya es morir,
Y en medio de congojas y lánguido desmayo de luz percibe un rayo que alivia su existir.

Palabras misteriosas escucha delirante, el eco de su amante resuena en la mansion,
«Los años de tu vida, le dice en voz sonora, serán cual una hora de encanto, de ilusion.»

Verdad fue, la doncella dejó el mundo, sus galas, de la virtud en alas buscó de Dios la paz
Y en triste monasterio, víctima de amor santo, jamás enjugó el llanto su encantadora faz.

Allí, diz que una monja oraba noche y dia y el nombre repetía de un difunto doncel,
Hasta que anunció el toque de fúnebre campana la pérdida temprana, de Aldonza Coronel.

JUAN DE DIOS MONTESINOS Y NEIRA.

Córdoba 7 de setiembre de 1861.

LA RELIGION NATURAL DE LOS CHINOS.

La mayor parte de los pueblos de la tierra, y entre estos todos los del Asia Oriental, creen que el estado de los muertos es bastante semejante al de los vivos, ó por mejor decir, que el órden existente en el otro mundo es completamente igual en los puntos esenciales al que rige en la tierra; presumen que los antepasados tienen en el mundo invisible que habitan, las mismas necesidades y las mismos sentimientos que sus descendientes aquí; por esta razon los objetos que les eran mas caros durante su vida los depositaban en su tumba cuando morian. Les servia de consuelo el pensar que la vida de aquel mundo era la continuacion de la existencia terrestre con todas sus necesidades, sus usos y sus vanidades. El oro y la plata servian á su entender en el cielo y en el infierno, como un medio general de obtener lo necesario. Esta es la causa de encontrar en las tumbas del Japon, en las del Asia Oriental y Occidental y á veces tambien en las de Europa, una cantidad de metales preciosos, acuñados ó en bruto segun el estado de civilizacion del pueblo; frecuentemente se hallaban con las monedas, adornos y objetos preciosos de diferentes clases. Esta costumbre era llevada á la exageracion por los bárbaros hunos y por sus descendientes los mogoles, pues no solo ponian al lado del cadáver sus armas, sus vestidos y gran cantidad de oro y plata, sino que sobre la tumba de los grandes, sacrificaban sus caballos, sus animales domésticos, sus esclavos, sus empleados y hasta sus mujeres. La importancia del sacrificio variaba segun la riqueza y el poder del muerto, siendo unas veces de diez, otras de ciento y otras hasta de mil personas. Segun una antigua costumbre, los mogoles llevaban á su patria primitiva, á la cordillera del Altai, el cadáver de sus príncipes, cualquiera que fuese el punto donde hubieran fallecido. «Id á servir á vuestro señor en el otro mundo» decian á todos los que encontraban en el camino, al mismo tiempo que los quitaban la vida; de este modo debieron matar mas de diez mil personas á la muerte de Jakan Moengu.

Los espíritus de los muertos flotan sobre la tierra, contribuyen á la prosperidad de sus descendientes y toman parte en todo lo que le sucede á su raza; pero al mismo tiempo están sujetos á los resultados de los hechos y de la conducta de sus descendientes; su vida es triste y sin descanso; no pueden apagar la sed, ni saciar el hambre, ni resguardarse del frio ni del calor; solo sus descendientes varones pueden cuidar de estas necesidades. «Tratad y honrad á los muertos como si vivieran» es uno de los principios de la religion del Estado en la China. Se hacen sacrificios ante las imágenes de los antepasados ó en templos que les están consagrados, y el olor del sacrificio es suficiente para satisfacer á aquellos espíritus. El fuego está considerado entre los chinos como un ser divino; lo que se arroja á él llega al otro mundo; en esta idea hacen con papel de oro todos los objetos que quieren enviar á sus

PLAZAS Y ESQUINAS DE MADRID



—¿Qué tal, Periquin?
 —¡Una ganga! acabo de firmar la escritura de galan cómico y otros papeles de trascendencia para Cien-pozuelos.—Y tú ¿qué te haces?
 —Sigo dando pasos para entrar de traidor en Novedades. Allí vamos á reunirnos todos los que nos hemos distinguido en varios géneros.

antepasados y los echan al fuego el cual los lleva á su destino; además tienen cuidado de poner ciertas señales á los objetos que envían así, con el fin de que cada muerto sepa lo que le pertenece y no haya querellas entre ellos.

Fácil es conocer de qué importancia deben ser los descendientes varones entre unos hombres que consideran que solo por ellos se perpetúan las familias; la mujer pasa á la familia de su marido y desde entonces se la considera como muerta para la suya propia. El nacimiento de un niño es un acontecimiento muy importante, puesto que está destinado á hacer las obras de importancia que no hacen las mujeres. Un brahman al nacer contrae tres obligaciones, segun dice un upanishad: la de estudiar las obras de los sabios de la antigüedad y la de sacrificar á los dioses y al espíritu de sus antepasados. Solo ha cumplido con su deber el hombre que tiene un hijo, que ha hecho los sacrificios prescritos y que ha estudiado los libros sagrados; por lo tanto el que no tiene un hijo varon debe prohiar alguno. El primer libro del Mahabharata presenta un ermitaño que llega á una roca subterránea y encuentra allí á sus antepasados precisamente en el momento en que descienden de las moradas celestiales á las regiones tenebrosas; á su pregunta de quiénes eran contestan; somos sabios de distinguida santidad, pero nuestro nombre toca á su fin ¡oh brahman! y debemos sepultarnos en la tierra. La importancia del nacimiento de un varon entre los chinos está demostrada en muchas leyes, dramas y novelas del Celeste Imperio; una mujer que no ha tenido hijos abandona la casa á la muerte de su marido sin manifestar pretension alguna á la herencia. Pero sucede muchas veces que hay familias enteras que se extinguen y en ese caso las almas de los que han pertenecido á ellas, estarian muy mal, si la sabiduría de los sacerdotes, ó la supersticion del pueblo, no hubiera hallado un remedio. Todo el mundo está obligado á contribuir con algo, á fin de que una vez al año tengan estas almas lo necesario; lo mismo la capital del imperio que la mas miserable aldea les ofrecen anualmente un festin. Pero ¿qué contradicciones presenta á veces el hombre! A estas almas de los antepasados que no tienen facultad para auxiliarse á si mismas se las supone dotadas del poder de proteger y de hacer prosperar á sus descendientes. Toda la familia las venera y les da parte de los sucesos favorables ó adver-

sos que la acaecen; en cada casa hay un rincon sagrado, en el cual se halla una mesa con estas palabras: «aquí residen los espíritus de los antepasados;» ante esta mesa se hacen sacrificios y se quema incienso y ante ella tambien se reúnen todos los individuos de la familia tanto en la alegría como en el dolor. Si el soberano del imperio que es al mismo tiempo el Sumo Pontífice refiere un hecho extraordinario ó una accion virtuosa de la generacion actual, en ese caso no solo se premia al vivo sino á las almas de su familia, pues el emperador tiene poder hasta en el otro mundo, segun creen sus vasallos, y recompensa á las almas de una familia por el mérito de sus descendientes, del mismo modo que en circunstancias opuestas podria retirarlos su gracia por culpa de su posteridad. Cada familia, cada lugar y el imperio mismo, tienen su patrono particular. Estos patronos han sido hombres que en la antigüedad mas remota ó posteriormente habitaban aquí abajo como simples mortales y que por su excelente conducta han sido elevados á dioses; algunos de ellos son declarados dioses comunes por el gran sacerdote y adorados en todo el imperio. Del mismo modo que se sabe en Europa quién ha sido este ó aquel santo, dónde ha vivido, y dónde ha muerto, así se sabe en la China cómo se ha llamado este ó aquel dios ó aquella diosa, y lo que ha hecho ó sufrido en la tierra.

No solo el hombre, sino tambien todas las demás partes y elementos del Universo, están animados de un soplo divino; á ellos se les debe tambien un respeto y una adoracion especiales. En la religion china no solo se veneran las fuerzas primitivas de la naturaleza, tales como se las representan los chinos, sino que además son objeto de un culto especial los principales rios y montes del imperio; se hacen sacrificios al rio Amarillo, al gran monte de Schan-tong y á otros montes considerados como montes y rios divinos; pero sobre todos estos domina un poder supremo, llamado Cielo, respecto á la naturaleza y posicion del cual existe una grande oscuridad; es verdad que se hacen sacrificios á este Cielo, mas sin embargo no está escrito en ninguna parte que se le atribuya una voluntad independiente, ni que sea una Providencia ó un poder Supremo; el mismo Kong-fu-tse (Confucio) no ha dicho jamás nada claro acerca de esto; ni aun le gustaba que sus discípulos meditasen sobre las cosas divinas; á muchos de ellos que le molestaban con preguntas sobre este

asunto, los contestaba con severidad. Un dia que uno de ellos le preguntó: maestro, ¿cómo podria yo servir al ser inmortal? le contestó diciéndole: ¿no sabes servir á los humanos y querrias ya servir á los espíritus? Y cuando el jóven le preguntó de nuevo cuál era el estado en que se hallaban los muertos, le contestó diciéndole: ¿no conoces aun el estado de los vivos, y te atreves á querer conocer el de los muertos? Honra á los dioses desde lejos, dice la ley del maestro de Lu, y ofrécelos sacrificios; pero no trates de familiarizarte con ellos, ni te ocupes demasiado de estos seres sobrenaturales. El hombre que se abandona á si mismo es tambien abandonado por los dioses. El hombre ha nacido para el trabajo y para el goce que este proporciona, no para el ocio ni para atormentarse á si mismo bárbaramente. Tales son las doctrinas de todos los verdaderos sabios, las de Kong-fu-tse y las de los escritos mas antiguos del imperio. Estas máximas son la causa de que los chinos sean superiores respecto á aplicacion y á conducta pacífica y moral, no solo á los demás pueblos asiáticos, sino á los de toda la tierra. Su espíritu práctico aplicado á lo que es útil los coloca á la altura del activo europeo ó del americano del siglo XIX. Si los chinos bajo la dominacion de los europeos encontraran un campo libre para su actividad, bien pronto se dedicarían á todas las artes de la civilizacion moderna. El espectáculo mas grandioso de este siglo seria ver cómo un pueblo grande en sí, pero cuyo desarrollo se ha contenido largo tiempo por la esclavitud y la costumbre, rompía súbitamente las trabas de sus usos tradicionales y se entregaba al movimiento libre é intelectual de las facultades de que está dotado.

El emperador es, como hemos dicho, el Sumo Pontífice de la nacion. Todos los empleados del imperio, cualquiera que sea su categoria, son nombrados por él; la autoridad civil va unida á la eclesiástica; el empleado es al mismo tiempo sacerdote hasta donde llegan las atribuciones de su empleo; pero no lo es mas que en las ceremonias públicas: todo lo que tiene relacion con los asuntos espirituales del interior de la familia pertenece en parte á los individuos de ella, y en parte al cabeza de casa. Ni en los nacimientos, ni en los casamientos, ni en las muertes, tiene el empleado nada que hacer como sacerdote; es verdad que en la China hay poca diferencia entre sacerdote y seglar, puesto que todos los hombres son las dos cosas á la vez. Como no hay allí nadie que tenga interés en que domine este ú otro dogma, como no existe clase alguna que esté separada del pueblo por un sentimiento de casta, la nacion china ha gozado de una suerte feliz durante muchos siglos, en los cuales no habiendo sido introducida ninguna creencia extranjera en el imperio, se vió este libre de las persecuciones religiosas y de las guerras de religion. Despues de esta época, cuando los extranjeros comenzaron á entrar en el imperio, se le permitió á cada uno de ellos la práctica de su religion, y hasta se dejó á los mismos chinos que rindiesen culto á los dioses extranjeros; únicamente estaba prohibido á los neófitos el atacar á la religion indígena ó las leyes tradicionales existentes, porque en ambos casos se hacian reos del doble delito de insurreccion contra el jefe civil y religioso del Estado.

¿Cuál es, pues, el verdadero lazo que sostiene unida la sociedad china, puesto que en ninguna parte se menciona la recompensa ni el castigo despues de la muerte, ni tampoco se habla de un poder supremo en el sentido propio que nosotros damos á esta palabra? Este lazo es la grande idea del poeta, la idea que está allí viva, y que obra sobre este pueblo, la idea que le conduce: la de que la historia universal es el tribunal universal. Tanto los hechos particulares como los generales están sujetos á su fallo. Es verdad que vemos todos los dias que el hombre bueno es desgraciado, al paso que el malo vive feliz en su libertinaje, pero no se deben mirar solamente los méritos y acciones de un hombre; es preciso considerar tambien los de sus antepasados. Las malas acciones de un hombre son castigadas en sus hijos y en sus nietos, pero las buenas obras llevan sus frutos hasta á los últimos descendientes de una raza. Una misma fuerza obra en todos los seres de la naturaleza entera; el que obra mal en esta máquina extraordinaria, no solo desordena una pequeña parte de ella, sino que trastorna todo el gran mecanismo del universo. Un hombre que descuida sus deberes destruye el orden establecido que rige el curso de la naturaleza y de los elementos, los eclipses de sol y de luna, los terremotos, las inundaciones, la esterilidad, y otros males que pueden suceder en el curso del mundo, antes tan tranquilo y feliz: todos ellos tienen su origen en los vicios y crímenes de la raza humana.

El filósofo chino Mengtse (Mencio), sostuvo estas doctrinas de su maestro Confucio con nuevas pruebas, y explicó los king ó libros sagrados de los chinos; sus obras pertenecen al número de los pequeños king ó libros canónicos; murió 314 años antes de Jesucristo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG,
 EDITORES. MADRID: PRINCEPE, 4.